

## LO QUE ES LA BANDERA.

---

**L**A bandera es la perfecta representación, la imagen de México; es el emblema de todo lo que nuestra patria ama, admira y honra; es el símbolo del sacrificio. Habla á todos en un lenguaje claro y lleno de firmeza, que deben de oír todos los soldados del ejército, tanto los jefes de alta graduación, como los inferiores, los oficiales y la tropa. Es necesario seguirla cuando avanza; si cae, levantarla para que avance más, y si esto no puede hacerse, morir por ella.

“Nuestra bandera ha sido la compañera de la patria en sus días más terribles de pruebas, se ha cubierto de gloria con ella, y cualesquiera que hayan sido nuestros

reveses, ha flameado con gloria, desde los campos de Palo Alto y la Resaca, hasta los de Puebla y Querétaro. A la vista de nuestra bandera, los soldados más valientes de Europa han volteado algunas veces caras, y su glorioso lienzo ha sido perfumado con el humo de la pólvora de mil batallas. ¡Gloria á nuestra bandera!!—El general Rocha.

*El soldado, dijo Napoleón el Grande, no es extranjero dondequiera que se encuentre bajo su bandera; donde está la bandera allí está la patria.*

---

## CAMARADAS DE COMBATE.

**E**L general D. Sóstenes Rocha, al hablar en un libro que escribió con el título de “Enquiridión”, sobre la conveniencia de que cada soldado escoja entre sus me-



jores amigos, un camarada de combate, cita el ejemplo de dos veteranos que hicieron juntos sus campañas, defendiéndose mutuamente de las agresiones de los contrarios.

Oigamos la interesante historia de esos dos veteranos, narrada por el mismo general Rocha.

“Recién salido yo del Colegio Militar al Batallón de Zapadores, conocí á dos bravos soldados encanecidos en los combates y que ostentaban con noble orgullo en el brazo izquierdo el escudo de Texas. Se querían entrañablemente, siempre estaban juntos, siempre se les nombraba para el mismo servicio, pues por los buenos servicios que habían prestado á la Patria, por su constancia y honradez, eran muy considerados por los jefes del cuerpo; uno se llamaba Santiago Parejas y el otro Aga-

pito Hernández, ambos eran de mi compañía, y al poco tiempo de tratarlos, los quise tanto como los querían nuestros jefes. Algunas veces los llamaba yo á mi pabellón para que me contaran sus campañas; lo hacían con gusto, y sin hacerse en lo más mínimo del rogar y en un estilo sencillo, pero lleno de interés. Ambos creían deberse la vida mutuamente. Parejas me decía una vez:

“Ay, mi capitán, si viera su mercesita que surra de balazos nos dieron los *angulos* (angloamericanos) en el ataque á Monterrey el año de 1847; nuestros soldados caían como maíz y el ruido que las balas hacían cuando tocaban nuestros fusiles ó nuestras bayonetas parecía redoble.

—“Pero, y ustedes no les contestaban de la misma manera?, pregunté yo.

—“Sí, mi capitán, y caían á montones;



pero parece que la tierra los brotaba, y mientras más tumbábamos más se nos echaban encima; sobre todo abanderados les matábamos muchos, y era de verse, mi capitán, que sus banderas subían y bajaban como bimbaletes.

“Agapito interrumpió á Parejas, y dirigiéndose á mí, dijo:

—“En esa acción, mi capitán, mi aparcerero Parejas me salvó la vida.

—“Cómo estuvo eso? le pregunté yo, refiéremelo.

—“Estábamos apostados por el Ojo de Agua, señor, y ya habíamos rechazado tres veces al enemigo matándole tanta gente que el suelo *negreaba*; pero repente se nos echaron tres columnas muy gruesas, y una de ellas como queriendo cortarnos la retirada para el centro de la ciudad; entonces nos retiramos todos en

bola, pero batiéndonos á la bayoneta con la cabeza de una de aquellas columnas; yo por venir volteando á retaguardia á ver un *angulo* que venía muy de cerca, tropecé con un montoncito de adobes y caí boca-abajo; el yankee se me echó encima y ya levantaba la bayoneta para clavármela cuando mi aparcerito, que venía junto de mí le *sorrajo* un tiro á boca de jarro que lo *atirantó*, echándolo sobre mí.

“Parejas le interrumpió diciéndole:

—“Trabajo me costó, aparcerero, sacarte de debajo de aquel yankote tan grande y tan pesado.

--“Y luego, prosigió Agapito, como perdí mucho el tiempo, ya estaban sobre nosotros otros dos yankees, pero mi aparcerero Parejas le dió un golpe libre en la barriga á uno de ellos, y como yo llevaba mi fusil cargado, despaché al otro. En-



tonces, antes que llegaran más enemigos, nos incorporamos al batallón á la carrera.

—“Pero en Padierna, mi capitán, dijo Parejas, mi aparcerero Agapito me quitó de encima á un dragón que venía en su cabalote que ya me parecía que me tragaba, pues traía un hocico muy grande y muy abierto; mi fusil estaba descargado, y como mi bayoneta se había extraviado en la noche, no tenía con qué defenderme; pero mi aparcerero Agapito mató al caballo, y yo á culatazos en la cabeza y mi aparcerero á bayonetazos, dimos fin con el *angulo*.

—“En ese día habríamos acabado los dos, mi capitán, pues teníamos encima una multitud de dragones; pero en esos momentos cargó el 7º de Caballería y los desbarató como por encanto.

El soldado tiene deberes para con sus compañeros, cualquiera que sea su cuerpo, cualquiera que sea su arma; debe amarlos y hacerse amar de ellos, no decir ni hacer jamás cosa alguna que pueda herir su dignidad, ó atacar la nobleza de la profesión de las armas. En el batallón ó regimiento, el compañero es casi un amigo; á cada instante se puede tener necesidad de sus servicios. El trato frecuente y correcto, las atenciones recíprocas, crean la verdadera amistad, sentimiento precioso y utilísimo en campaña.

¿Cómo no amar al camarada con quién se ingresa al cuerpo, ó á cuyo lado se arrostrarán algún día los peligros de la guerra?

El espíritu de compañerismo es útil á los intereses del ejército, y por consiguiente, á los intereses de todos los soldados; *él engendra el espíritu de cuerpo*, es decir, el afecto que se tiene al batallón ó regimiento á que se pertenece. El cuerpo de que se forma parte, es una segunda familia, por eso se le debe amar como á los seres más queridos. Los timbres de gloria que haya conquistado, deben causar en el ánimo de sus soldados, satisfacción y noble orgullo.



Otra consecuencia del espíritu de compañerismo es el sentimiento que impulsa al soldado á ser humanitario, es decir, á tomar parte en las desgracias de los demás, aun cuando hayan sido sus adversarios. Sufrir un soldado? Inmediatamente, sin ver su grado ó nacionalidad, debe prodigarle las más solícitas atenciones.

Los soldados de todas las naciones civilizadas son compañeros de armas, y, después de la batalla, se deben ayudar y proteger mutuamente.

---

### VALOR TEMERARIO.

**D**ESPUES de haber tomado el ejército norteamericano la ciudad de Monterrey y ocupado la del Saltillo, se movió hacia el Paso de la Angostura, paraje situado á poca distancia de esta última ciudad, y en el cual esperó la división mexicana que, con el fin de batirlo, había salido de San Luis Potosí á las órdenes

del general Santa Anna.

El día 22 de febrero de 1846 llegó nuestro ejército á la Angostura, y á las cuatro de la tarde del mismo día, se trabó un combate en que los contendientes se disputaron las alturas de la izquierda de la línea de los invasores, y que al fin, quedaron en poder de los mexicanos.

Al día siguiente muy temprano se rompieron los fuegos, maniobrando ambas divisiones en sus respectivos campos. Nuestras columnas daban continuas y terribles cargas á los contrarios, tratando de desalojarlos de sus posiciones y de rebasar su flanco izquierdo con el objeto de atacarlos por la retaguardia. Tan reñida y sangrienta lucha se prolongó hasta las dos de la tarde, en que un fuerte aguacero obligó á los fatigados combatientes á suspender la batalla.



“Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco-iris, abrazando los dos campos, pareció invitarlos á la paz.

“Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algún tiempo. Solamente una batería de piezas de á 16 había entablado un duelo con una batería enemiga, pero sin obtener resultado alguno notable.

“Entonces ocurrió un suceso que es necesario consignar.

“De una de las barrancas inmediatas, salió al camino un hombre á caballo con vestido de paisano, y á todo correr, tomó la dirección de la batería enemiga.

“Todos creyeron que fuera algún explorador del enemigo, que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

“Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, *reboleó* su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas, que afortunadamente no le tocó.

“Como este hecho coincidió con la aparición casual sobre el camino, de una fuerza de caballería que salió de un barranco, -el enemigo coronó con multitud de tiradores, la altura que quedaba á la espalda de la batería.

“Los nuestros, entretanto, llenos de admiración, no apartaron la vista de aquel temerario que volvía á todo correr á nuestro campo.

“Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, en calidad de conductor de parques, con el carácter de sargento 2<sup>o</sup>.



“Tuvo ganas, según dijo, de traer un yankee prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo aquel día.”

### EL SARGENTO LIBERATO CRUZ.

ENTRE los cuerpos del ejército mexicano que se batieron en el Paso de la Angostura, el Batallón de Aguascalientes hizo prodigios de valor en las cargas que se dieron al enemigo para quitarle sus posiciones, sobresaliendo entre los individuos de la clase de tropa, el sargento Liberato Santa Cruz, cuyo heroico hecho de armas se pinta con vivos colores en el párrafo siguiente:

“Avanza sobre esas posiciones el Batallón de Aguascalientes á la cabeza de otros. El combate se empeña con más

ardimiento. Un momento después se mezclan nuestros soldados con los de las filas contrarias, que comienzan á huír desordenadamente. El Batallón hace un esfuerzo más, y arroja al enemigo, le quita una fragua de campaña, le desaloja, le vence. Un poco más allá, en la cumbre de la altura que defienden aún los más valientes de los americanos, se salen de nuestras filas el sargento Liberato Santa Cruz y unos cuantos soldados, compañeros de su gloria. Heridos estos buenos hijos de Aguascalientes, desangrándose, fatigados, débiles, hambrientos, hacen el último y soberano esfuerzo, y arrebatan á los contrarios dos piezas de artillería, sobre una de las cuales recibe otra herida aquel héroe. Santa Anna consignó el nombre de Santa Cruz en su parte oficial, y lo conserva Aguascalientes con orgullo y para su gloria.



## CARIDAD MILITAR.

---

**H**ABIENDO resuelto el Gobierno de los Estados Unidos continuar la invasión de nuestro territorio por el Oriente, envió al general Scott con un ejército de más de trece mil hombres, que desembarcaron en la playa entre Collado y Mocambo, protegidos por la escuadra del comodoro Connor, y se dirigieron sobre la plaza de Veracruz, en cuyos alrededores fueron tomando las posiciones que su general les había señalado. Luego que Scott acabó de establecer sus baterías, intimó rendición de la plaza al comandante militar de ella, D. Juan Morales; este valiente jefe contestó que teniendo bajo su mando la ciudad de Veracruz lo mismo

que el castillo de Ulúa, era de su deber defenderlos, y que así lo haría hasta la última extremidad. Con tal motivo, las baterías y los buques menores de la escuadra rompieron sus fuegos sobre la plaza, como á las cuatro de la tarde del día 22 de marzo de 1847. Lo mismo hicieron del 23 al 26; las bombas arrojadas por mar y tierra causaban el derrumbe de muchos edificios, el incendio de otros, y gran número de muertos y heridos, tanto en las tropas como en los habitantes pacíficos de la ciudad que no encontraban ya donde refugiarse.

“Las desgracias en la población son numerosas, y no queda ya un lugar seguro. A la una de la mañana algunas mujeres vagaban pidiendo asilo para varios niños que quedaban huérfanos, arrebatándoles las bombas á sus padres. En la capilla de



la Divina Pastora sólo una bala había penetrado, y el comandante del punto alojó allí á los desgraciados huérfanos. Los niños lloraban pidiendo pan..... El soldado no tomaba aún á esa hora el rancho, que no se había preparado á causa del fuego, y que consistía solamente en arroz, frijoles y alguna vez bacalao. Y los niños lloraban, lloraban pidiendo su pan, que no podía dárselos. Un veterano del 8º Regimiento se acercó á ellos entonces; saca una galleta de su chacó, diciendo: "Hoy me la han regalado, y la guardaba para comerla con mi rancho; pero quiero mejor que la coman los niños." El Comandante del punto alargó una moneda al soldado, y éste la rehusó: "Mi jefe, le dijo, yo tengo hijos en mi tierra, y me alegraré si alguno les da pan si lloran." Sentimos no enriquecer nuestras memo-

rias con el nombre de este veterano." (Toma de Veracruz por los Americanos.—Diccionario Universal de Historia y Geografía, Tomo III, pág. 793.)

---

### FRATERNIDAD MILITAR.

---

ENTRETANTO, las bombas seguían lloviendo sobre la infortunada ciudad. Al quinto día del asedio, los defensores de ella sólo tenían municiones para algunas horas de fuego; y tanto por esto como porque ya comenzaban á carecer de víveres, invitaron al jefe sitiador á un arreglo, que dió por resultado la capitulación de la plaza con todos los honores de la guerra.

Dueños de la ciudad los invasores, se movieron por el camino de Veracruz á



Jalapa; derrotaron en Cerro Gordo la división que al mando del General Santa Anna los esperaba en ese punto, y continuando su marcha al interior del país, ocuparon Puebla, y el 9 de agosto (1847) entraron al valle de México. En las lomas de Padierna atacaron y vencieron al ejército del Norte que estaba á las órdenes del general Valencia; algunos días después se apoderaron á viva fuerza del convento de Churubusco, y á principios de septiembre, de las posiciones del Molino del Rey y Casa-Mata.

Durante los días 9, 10 y 11 que emplearon en levantar baterías para atacar el castillo de Chapultepec, no se libró ningún combate, pero hubo algunas escaramuzas.

“En una de ellas, el teniente D. Mariano Martínez, joven que no contaba con

veinte años, se lanzó con algunos ginetes del 5° de caballería contra un grupo considerable de infantes enemigos. Estos, como de costumbre, se introdujeron en una milpa esperando á sus contrarios con tranquilidad. Cuando los tuvieron á que-  
ma ropa, les hicieron una descarga, de resulta de la cual, cayeron muertos el teniente Martínez y algunos soldados.

“Un cabo de batidores recogió el cadáver de su teniente, y volvió á nuestro campo conduciéndolo sobre su montura, sostenido con el brazo izquierdo, mientras empuñaba la lanza con la mano derecha.

“Dicen los que lo vieron que aquel cabo, con su aspecto marcial, con sus largas barbas negras y con su casco metálico, conduciendo sobre su hermoso caballo el cadáver de su oficial, era digno de ser copiado por un buen pincel. (La in-



vasión Norteamericana, por el Coronel M. Balbontín, pág. 130.)

He aquí un grandioso modelo del amor que debe tener la tropa á sus oficiales.

---

### FIDELIDAD HEROICA

---

**E**RA el año de 1852, segundo de la presidencia del general don Mariano Arista.

Todos los pueblos del país sentían profundo malestar por la falta de seguridad pública y de la miseria en que se hallaban á causa de la paralización del comercio y de toda industria. Ese malestar comenzó á manifestarse por medio de pronunciamientos contra los gobernadores de los Estados, siendo el más formidable el que tuvo lugar en la capital del Estado de

Jalisco el 26 de Julio, acaudillado por el coronel don José María Blancarte, quien acompañado de otras tres personas sorprendió á las dos de la tarde, á los oficiales de la guardia del palacio del Gobierno, se apoderó del edificio y de las armas y municiones que había en él, y armó con ellas á cerca de tres mil hombres. No contando el Gobernador del Estado don Jesús López Portillo con el apoyo de fuerzas suficientes para hacer frente á los sublevados, evacuó la capital acompañado del Secretario de la Comandancia General de las Armas, el coronel M. G. y de una corta fuerza que le quedó fiel; dirigiéndose primero á Zapotlanejo, después á Lagos y por último, á León.

El expresado coronel M. G. era uno de los más fervientes partidarios del general Santa Anna, y por esto, el Presidente Arista



le tenía desconfianza y más de una vez recomendó que se le quitase el cargo de Secretario de la Comandancia General.

No obstante esto, el caballeroso coronel, cumpliendo con el compromiso que se había contraído de servir al gobierno de Arista, siguió al Gobernador López Portillo, dejando en Guadalajara con su familia al soldado Tomás Villanueva, que le servía de asistente hacía muchos años.

En septiembre del mismo año de 1852, los sublevados publicaron un plan en el que proclamaban la caída del Presidente y llamaban al general Santa Anna para que lo reemplazase en el poder. En virtud del mismo plan fué nombrado Gobernador del Estado de Jalisco el general don José María Yáñez, á quien reconocieron desde entonces como jefe los pronunciados.

El Gobierno hizo marchar tropas á las

órdenes del general don José Vicente Miñón, sobre la plaza de Guadalajara, que comenzó á ser sitiada por aquellas tropas á principios del mes de diciembre.

Intranquila la Señora de G. por la suerte de su esposo, dispuso que fuera á únirsele el soldado Tomás Villanueva. Antes de marchar éste, se presentó al general Yáñez, de quien recibió instrucciones políticas para el coronel M. G., con la recomendación de que por ningún motivo las revelase.

No bien salía de extramuros de Guadalajara, cuando fué capturado por una fuerza enemiga que lo condujo á su cuartel general. Allí se le examinó cuidadosamente; le fué encontrada una carta de la Señora de G. para su marido, que sólo trataba de asuntos de familia; se le amenazó con la pena de muerte para que dijera si llevaba



algún mensaje al enemigo; pero él se mantuvo en la más absoluta reserva.

El general Rivera, Cuartel Maestro del Ejército sitiador, mandó que fuera encapillado para que se le fusilase al tercer día.

La hora de la ejecución se aproximaba; el valeroso asistente fué nuevamente exhortado en aquel terrible momento para que se produjera con verdad; pero no se consiguió que hiciera revelación alguna, con lo que consumó un acto de FIDELIDAD HEROICA.

Los generales Miñón y Rivera hicieron el siguiente raciocinio: ó ese hombre está resuelto á no decir la verdad, ó es inocente: en el primer caso, nada sabremos con fusilarlo; en el segundo, cometeremos un crimen ejecutándolo. En consecuencia, lo pucieron en absoluta libertad, de la que hizo uso el asistente encaminándose á León.

En esta ciudad, donde continuaba funcionando el gobierno del Lic. López Portillo, ocurría un suceso que se comentaba en toda la población. El Comandante General de las Armas don Rafael Vázquez había recibido orden del general Arista para fusilar al coronel M. G.

Cuando llegó Villanueva á León su jefe estaba encapillado. Se puso en comunicación con él sigilosamente, y arriesgando una vez más su vida, le protegió la fuga, librándolo así de una muerte injusta á que lo había condenado la pasión política del general Arista, personaje muy apreciable en otros conceptos.

No olvidéis estos hechos del valiente y leal soldado Villanueva, durante vuestra vida militar. (1)

(1) Este episodio me lo refirió el señor coronel de Estado Mayor, don Manuel Gil.



## GUERRA DE RELIGION Y FUEROS

### Alardes de valor.

---

**S**IENDO el general don Ignacio Comonfort Presidente de la República, estalló en Zacapoaxtla un pronunciamiento acaudillado por el general don Antonio Haro y Tamariz, y cuyo plan político tenía por lema "Religión y Fueros."

Fuertes los sublevados con algunos cuerpos que se les adhirieron, marcharon sobre la plaza de Puebla, que tomaron después de un vigoroso ataque.

El general Comonfort salió de México en febrero ó marzo de 1856, al frente de un cuerpo de ejército para reprimir aquella rebelión. Estando acampado en Oco-

tlán, salieron de Puebla los pronunciados y trataron de envolver sus posiciones, principiando con esto una terrible batalla, que terminó con la derrota de los sublevados. Violando éstos un armisticio que se les concedió, levantaron el campo y volvieron apresuradamente á dicha plaza. Las tropas del Gobierno avanzaron sobre ella, y sitiándola convenientemente, la cañonearon durante varios días al mismo tiempo que se peleaba encarnizadamente en las calles, los conventos y las iglesias, hasta el 23 del mismo marzo, en que los rebeldes capitularon.

"Cuando se calmaba el fuego, algunos soldados de Guadalajara saltaban los parapetos para ir á tirotear al enemigo, cerca de los suyos. El cabo de guías Serrano, con arma á discreción, por en medio de la calle, marchó impávido hasta el foso



del enemigo: éste, que creyó que se pasaba, dejó de tirarle; pero Serrano, preparó su fusil, apuntó y derribó á un hombre, al mismo tiempo que éste profería insultos. En el momento se cubrió de humo el parapeto, y Serrano volvió sin fusil y con cinco balas en el cuerpo. Conducido al hospital, fué amputado de un brazo.”

“Un soldado del Sur se estuvo divirtiendo largo rato con pasear en la banqueta al paso regular y con arma á discreción, entre nuestro parapeto y el del enemigo, y aunque llovían sobre él las balas, no le tocó ninguna, ni el se daba por entendido.”

“Estos alardes de valor son muy comunes en nuestro ejército; pero no los creo de utilidad, porque si bien establecen cierto estímulo entre los soldados, también dan prueba de indisciplina y causan bajas

sensibles é innecesarias. Además, se ve con frecuencia que muchos de esos hombres que individualmente se lanzan á empresas temerarias, no son siempre los más firmes, hallándose en formación y en lances críticos.” (Memorias del coronel Balbontín, pág. 70.)

---

## ESTRATAGEMA.

**D**IGNO de figurar entre los individuos de la clase de tropa cuyos hechos ilustres narramos, es el corneta Dimas López, natural de Zacatlán del Estado de Puebla. A una estratagema suya se debió el triunfo que una fuerza de 300 hombres, obtuvo sobre otra de 1200 del ejército de línea.

Se trata de la Guerra de Reforma ó de